



La mala educación

Oí decir cierta vez que las visitas que se eternizan en su estadía tienden a oler mal. Es que en verdad ningún abuso de confianza y hospitalidad huele bien.

Líderes carismáticos parecen ser como tales visitas y en dado momento abusan de su estatus de huésped del corazón, mente y alma. Y la historia bárbara de nuestra especie no me deja mentir.

Durante décadas de mi vida, las pocas veces en las que entré en algún templo religioso fue por pura curiosidad arquitectónica. Criado por un padre severo, que había sido sometido a eternos 18 años en seminarios en los que era maltratado de todas las formas posibles por ser pobre, de rigor aún más agravado por la rigidez de la magistratura, yo sabía bien lo que era una fe impuesta a toda costa.

El problema era que yo no era exactamente un alma ideal para las imposiciones. La rebeldía de la adolescencia vino con fuerza destruidora para la incredulidad de un padre que solía confesar que había fracasado en nuestra educación pues no había logrado inculcarnos la disciplina del monasterio. Gracias, papá, nunca tuve la oportunidad de agradecerte por haber fallado en eso. Fue tu más dulce error.

“El papa modifica la doctrina de la iglesia y la pena de muerte pasa a ser inadmisibles: nueva regla es incluida en el catecismo y prohíbe la práctica bajo cualquier circunstancia.” Curiosamente, los fantasmas de mi adolescencia se despertaron con esa noticia en el periódico *Folha de São Paulo* los primeros días del tradicionalmente agorero mes de agosto. Pensaba, por pura ignorancia y el desinterés declarado por la litúrgica y violenta doctrina católica, que tales comandos serían un poco más disimulados.

¡Defina pena de muerte, mi querido papa Francisco! ¿Y las víctimas de abortos clandestinos, ilustre pontífice, que el señor mantiene en el calvario? ¿Cuántos siglos faltan para que se levante esa pena de muerte impuesta por su credo a sus coterráneas argentinas que se cruzan la frontera para sucumbir en clínicas clandestinas en Brasil? ¡Ni una menos!

Lo que buscamos es educación para evitar que equívocos e ignorancias históricas se repitan. ¿Cómo puede una institución escoger en el 325 d.C. durante el Concilio de Nicea, con tintes paganos, como fecha para uno de sus más importantes días sagrados el primer domingo después de la primera luna llena tras el equinoccio de la primavera en el hemisferio norte, y siglos más tarde condenar a Galileo Galilei por elaborar esos mismos cálculos complejos de manera científica?

Ciertos temas deben ser debatidos mucho más allá de nuestras pequeñas elecciones personales. El hecho de que mi esposa y yo nunca elegiríamos, por ejemplo, practicarnos un aborto, en nada cambia la realidad de que millares de



mujeres en mi país y en los países vecinos mueren todos los años en clínicas clandestinas.

Esta es la obsesión penal a la cual se refiere el constitucionalista argentino Roberto Gargarella. No se trata de problemas sociales con el código penal en la mano. Problemas sociales requieren soluciones sociales. ¿O acaso alguien tiene alguna esperanza —o desconocimiento— de que si introducimos la cadena perpetua o la pena de muerte para los crímenes de homicidio dejaremos de matarnos de un día para el otro?

Apoyo la descriminalización de la marihuana y no soy usuario. Nuestras elecciones personales no siempre estarán en sintonía con fundamentales políticas públicas. Pido que me den algún ejemplo en el mundo donde la “guerra contra las drogas” haya sido exitosa salvando almas. Solo consiguieron generar un mercado en el cual más se muere en el tráfico que en el consumo.

Enviar adolescentes al sistema carcelario brasileño a causa de un porro es de una perversión sin igual. El lugar de los niños es en la escuela. ¿O acaso alguien cree que un niño que comete un crimen de adulto deja de ser un niño? La solución no es crear más penas, más duras y más prisiones. La solución es parar para pensar por qué nuestros niños están delinquiendo como adultos y no tratarlos como tales. Son niños.

La simple palabra “catecismo” en el subtítulo del reportaje en *Folha de São Paulo* me dejó nauseabundo. Y eso que no fui una de las miles de víctimas de los conocidos abusos sexuales de niños bajo la guarda de curas perversos y que por siglos actuaron impunemente, retratados con claustrofóbica angustia por Almodóvar en *La Mala Educación*.

La torpeza del reciente debate eclesiástico incluye, por ejemplo, perlas sobre si una hostia sin gluten impediría el “milagro” de la transustanciación. Puede parecer una broma, pero el embate motivó inclusive una notificación firmada por el cardenal Robert Sarah, en julio de 2017, para todos los obispos de la iglesia, informando que la substitución del gluten sería “abuso grave”. Curiosamente, para evitar cualquier otra duda impertinente y mantener el milagro perenne, la misiva se toma el trabajo de alertar que “la eucaristía preparada con organismos genéticamente modificados puede ser considerada válida”.

Están también permitidas, imagino, la diarrea, flatulencia y fatiga provocadas en la gran masa de fieles celíacos. Menos mal que se toman al final de la celebración.

Como consuelo, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos aseguró que los fieles con intolerancia al gluten pueden recibir solamente el vino en las misas.

En un mundo de infancia y vejez robadas, nuestra única esperanza, la única creencia que nos salvará, es la de que somos todos dignos, indiferentemente de cómo vinimos al mundo, en qué contexto socioeconómico, del color de nuestra piel e



independientemente de las elecciones que hagamos, buenas o malas, a lo largo de nuestra trayectoria en este pequeño y angustiado planeta soberbio. El único código de ética que puede unirnos se llama derechos humanos.

En Canadá, Holanda y Estados Unidos, iglesias han sido transformadas en librerías, discotecas y cervecerías como es el caso de la librería *Polare Maastricht* y de la discoteca *Paradiso*, respectivamente en Maastricht y Ámsterdam, Holanda.

La cervecería *Church Brew Works* en Pittsburgh, Estados Unidos, parece enorgullecerse por haber agregado una línea más al famoso texto bíblico de la génesis, “y en el octavo día... el hombre creó la cerveza”. Con gluten, me imagino.

La villa medieval portuguesa de Óbidos transformó una iglesia del siglo 12 en la Gran Librería de Santiago, que ahora también incluye un bar de vinos. Eso sin contar la posibilidad de hospedarse en *The Literary Man Hotel*, junto a su acervo de 40 mil ejemplares.

Ciencia y religión no son antagónicas. Por lo contrario, la ciencia sin un código de ética moral no es más que otro culto al egocentrismo que nos asola. La ciencia podría aprender mucho con la religión, pero no con la que nos victimiza, distante de sentido moral y justicia con la cual el hombre común pueda identificarse.

¿No es justamente ese el mal que padeció por siglos lo que llamamos de derecho? La moral de unos pocos de nada le sirven a la ciencia, religión o derecho.

De la forma como se destila el odio a través de supuestos cultos, el mundo estaría mucho mejor con más librerías y menos templos.

Plauto Cardoso – Catedrático por la Solidaridad y la Paz por el Parlamento Internacional de los Estados para Seguridad y Paz de las Naciones Unidas (ONU), Plauto es escritor, docente, investigador y abogado en las áreas de Derecho Constitucional, Derecho Procesal Civil, Derechos Humanos, Derecho & Política y Derecho & Literatura. Es director del Instituto de Derecho de Integración de la Asociación Argentina de Justicia Constitucional (AAJC).